

EL PERDÓN EN EL MARCO DE UNA TEORÍA DE LA ACCIÓN*

Edward Ortiz Valencia
Universidad del Valle

RESUMEN

El perdón dentro de una teoría de la acción nos apresta para valorar la posibilidad de restituir lo infranqueable, siendo la acción humana en situación de estar entre otros lo que nos brinda el terreno para dar cuenta del mundo, sin embargo esto no escapa a lo difícil que se nos hace el estar unos con otros, donde la posibilidad de acción humana se presenta tan amplia que se hace necesario reobservar la acción para poder discernir en mira del perdón como puente que permite cruzar la zanja y continuar en lo sucesivo de la acción humana.

Palabras clave: el perdón, acción, mundo, observar, discernir.

ABSTRACT

Inside a theory of the action the forgiveness prepares us to value the possibility to restore that impassable, being the human behavior which give us the foundations to now a way to be in the World. However it isn't include the difficult that we are made being some with other, where the possibility of human action is presented so wide that it becomes necessary the action to be able to discern in view of the pardon like bridge that it allows to cross the gutter and to continue in successive of the human action.

Key words: the pardon, action, world, view, discern.

El marco para la siguiente discusión es la exposición que la autora alemana-estadounidense Hannah Arendt realiza en el apartado V. *acción*, de su libro *La condición humana* (1958). Partiremos de la presentación de una primera acción que en un efecto dominó se vincula con otras acciones. Para hablar de las acciones humanas, Arendt propone dos conceptos fundamentales: acción y discurso, planteados en una íntima relación al margen de la cual no sería posible considerar la situación humana en contexto alguno. Cada momento configura un 'yo' que tiene la posibilidad de proyectarse a través de sus acciones y sus discursos. Arendt plantea: «Pero sólo el hombre puede expresar esta distinción y

* Recibido julio de 2006; aprobado septiembre de 2006.

distinguirse, y sólo él puede comunicar su propio yo y no simplemente algo: sed o hambre, afecto, hostilidad o temor»¹.

El yo se pone en función diversas situaciones que le permiten determinar su inclusión en la pluralidad. Cuando el yo renuncia a su apertura en el discurso, está volviendo contra sí mismo el compromiso de la acción. La vida misma puede entenderse así como una narración en la que acción y discurso se compenetran y dan coherencia al yo. Esta consideración no puede atribuirse exclusivamente a una teoría política de la condición humana, en la medida en que el alcance de las dos nociones puestas de relieve: acción y discurso, toca de un lado a una teoría de la mente, y de otro a una hermenéutica; en el primer caso puede considerarse, como se hace explícito en la exposición del filósofo estadounidense Daniel Dennett, que la mente humana pertenece a un ser que se narra a sí mismo de manera continua, en multiplicidad de planos, de cara a un devenir y en función de una memoria, al punto que en dicha narración reside la construcción de lo mental. Por su parte, discurso y acción reclaman una hermenéutica que podemos localizar en las tesis de Paul Ricœur propuestas en el volumen 3 de *Tiempo y narración*; hay allí una identificación entre la condición temporal humana, sus acciones y la narración que a partir de las mismas hace cada individuo de sí mismo, de su contemporaneidad, su entorno social, su imaginario. Ahora bien, el desplazamiento que practica Arendt de discurso y acción al momento mínimo del auto-reconocimiento de un individuo, podría decirse que involucra las tesis anteriores proyectándolas hacia una valoración política del individuo en función de su discurso y su acción.

Avanzando en la lectura de Arendt, advertimos que la situación de individualidad del yo se despliega en las distintas formas de la compañía, las cuales ofrecen un desarrollo particular a la cultura. Tanto en la compañía como en la cultura podemos entender la adopción fundamental de un escenario en el que la condición humana se vincula con lo «otro» que, por decirlo de alguna manera, es puesto a prueba, lo que significa que el hombre incorpora en él mismo un escenario de acciones que lo sustentan culturalmente y lo proyectan hacia el «otro». De otra parte, puede considerarse que una experiencia de nacimiento no es exclusiva del primer momento de llegada del hombre al mundo, que por el contrario, una sucesión en cadena de la acción dota de sentido a cada uno de los movimientos del yo. En el discurso y en la acción el hombre está comenzando siempre en la medida en que entabla relaciones culturales y hace declaración explícita de un nacimiento que le permite reconocer y reconocerse.

¹ Hannah ARENDT. *La condición humana*. Paidós. Barcelona. 1993, p. 200.

Conforme a lo anterior, una nueva noción es propuesta por Arendt en los términos de la «iniciativa» a través de la cual se precisa y amplía cada acción. Una vieja consideración filosófica procedente de *La psicología desde un punto de vista empírico* (1874) de Frank Brentano; aludimos a la noción de «intencionalidad», entendida como el tipo de propiedad que ilustra los eventos mentales en virtud de su dirección hacia determinados objetos de la realidad. Si lo consideramos por un momento, todo lo que podamos decir del discurso y de la acción lo estamos diciendo ya de la intencionalidad que pone al individuo en situación de actor, ya por su movimiento y emplazamiento en un contexto, ya por las implicaciones de su discurso. Pero la noción de Arendt es, como anunciamos, más definida, próxima al tipo de elección que toma el individuo; en la «iniciativa» Arendt ve cómo al momento de insertarse el hombre dentro de la cultura, entabla relaciones con lo otro poniéndose en primer plano como actor el actor de dichas acciones.

A través de la «iniciativa» se da el proceso de acción, al punto que no es posible medir las consecuencias del actuar o de la iniciativa misma sin contemplar igualmente la proyección humana hacia las cosas y el mundo. La «iniciativa» parte de un punto pero no se ancla en él, sino que se comporta como una dinámica de conexión entre individuos y acciones; la «iniciativa» participa asimismo de cara a la unicidad del individuo que se ofrece a una pluralidad, lo que significa, en otros términos, un comenzar o un conducir que apresta al hombre a la acción. De otra parte, el hecho de que aparezcan otras formas de vida, permite advertir que es la «iniciativa» la que está poniendo de precedente el tipo de vínculo que se pretende construir.

45

1. La vía de la acción hacia el perdón

De otra parte, el hecho de que aparezcan otras formas de vida, da a entender que de manera continua el hombre pone en consideración nuevas iniciativas que restituyen su acción como un reflexionar acerca de la acción. La abstracción de las cosas da ocasión a la interpretación de los objetos como un recurso determinante de cara a la acción. La construcción de escenarios propios del actuar permite que el hombre recree sus acciones como intencionalidad hacia las cosas, derivándose de allí los diferentes tipos del hacer entre hombre y mundo. Se advierte aquí una trama en construcción de lo humano, donde el individuo se apresta a la acción en virtud de su precomprensión de sí mismo y de los demás. Esta forma de conducción, que señala paralelamente tipos de conducta y rumbos del hacer, abre la vía a la noción fundamental de la presente

comunicación: «el perdón».

Cada proceso tiene como única garantía las consecuencias propias de la naturaleza de la acción; lo anterior significa que no hay como tal una predeterminación del actuar humano, sino por el contrario, un poner en escena formas de auto-representación que deciden acciones previas y posteriores, valoraciones de esas acciones y discursos que las complementan. Pensar el perdón significa poner en plano de búsqueda el reconocimiento. Por esta razón, plantear la pregunta: «¿quién eres tú?» revela el inicio de la acción, siendo el sujeto de la pregunta aquel que interroga pero no como inquiridor, sino como actor a través del discurso. En su preguntar tiene el hombre un mirar al otro y un intentar decidir la relación que espera establecer.

46 La respuesta a la pregunta «¿quién eres tú?» expone la capacidad inherente del hombre para actuar concertadamente, donde la concertación determina la posición del otro como un 'yo' provisto de interpretaciones que vinculan sus acciones y discursos con un mundo por vivir. Una subjetividad de fondo manifiesta aquí cómo el perdón es un volver sobre la acción, no como una acción demoledora que ahonde la diferencia fundada en un primer momento entre individuos o grupos, sino como un volver desde la previsión de nuevas acciones y discursos que acogen el 'yo' propio como el 'yo' del otro.

Siendo este un comienzo que anuncia la disonancia propia de las acciones, se entiende cómo cada acción, buena o mala según sea el caso, es una acción humana. Lo humano nos apresta a la conciliación en términos del perdón, pero no propiamente como una restitución de lo perdido, sino más bien como un poner en primer plano un devenir. Hay una valoración de lo otro que está en cada individuo cada que hace presencia el perdón; se habla así de las posibilidades del perdón dentro de la esfera pública. Entendemos así que la acción se da con el otro, que el discurso igualmente se da con aquel que no podemos ser más que en el acercamiento que nos permite el discurso, siendo esta premisa la posibilidad de pensar el perdón, no su trivialización definitiva o su imposibilidad. Perdonar es identificar que el problema no reside ni en el ¿quién? ni en el ¿qué?, sino en la conjugación de estas consideraciones críticas de la acción. La consideración acerca de quién plantea el conocimiento acerca de lo que hay que nombrar en relación con el hombre, cabe decir, ¿cuál es su presencia en el mundo como acto fundante de sentido?, nombra siempre algo diferente que pone en evidencia intereses inhumanos para los que no hay como tal restitución en el perdón.

El ¿quién? que nos proporciona el significado del sujeto, su primera presencia de cara a la acción. Por su parte, en relación con el ¿qué?, la

alusión dirigida a los individuos los reduce a objetos a través de los cuales se establecen un tipo de relación con los demás objetos. Advertimos en el ¿qué? la ausencia del ¿quién? que, bien mirado, no nos enseña una imposibilidad de enfrentar el quien que jalona hacia una persistencia crítica del qué, como si se agotara la acción humana en el aprovechamiento de la situación, como si la desapropiación del otro constituyera una determinación descriptiva que no constituye como tal un valor, sino un tipo de distancia.

Debemos tener en cuenta que al pensar los sujetos en acción e interpretación discursiva, aludimos al ¿qué? de una manera inocente; distinguir que en el ¿qué? una no determinación de la diferencia, una no diferenciación exhiben a los hombres que abren un espacio para el tipo de acciones que reclaman el perdón. En esta distinción se encuentra el comienzo del perdón como organización objetiva de la «realidad mundana» que da lugar a comprensiones y aceptaciones del «otro». El otro es el mundo, tiene su forma más definida, eleva un sentido de mundo que se reconoce a través de su discurso y sus acciones. Esta «realidad mundana» es planteada por Arendt de la siguiente manera: «la mayoría de las palabras y actos se refieren a una objetiva realidad mundana, además de ser una revelación del agente que actúa y habla»². Esta revelación entre el agente que actúa y habla en términos de «realidad mundana» recrea la calidad distintiva de cada acción, manifestando en su interés por las cosas un problema particular que define y ofrece el ‘yo’.

La historia de los individuos se va materializando a través de su mundanidad, en lo propositivo de las acciones, siempre y cuando éstas constituyan al hombre en el propio hacedor de su historia. La inversión de estos términos tiene, como se sabe, consecuencias desastrosas que destruyen la mundanidad, deponen los discursos y liquidan las acciones como apropiación positiva del mundo del otro. Los diferentes modos de actuar convergen construyendo la relación entre acciones e individuos. Siempre que pueda identificarse un divorcio entre acciones y hombres, podemos sembrar la alarma de la pérdida de mundanidad, pérdida de la valoración de la acción social humana. La acción se constituye no como frontera sino como fragilidad inherente humana.

2. La fragilidad inherente humana

Por las razones expuestas se hace pertinente pensar el perdón dentro de una teoría de la acción, puesto que cada acción anuncia un tipo de

² *Ibid.*, p. 206.

reconocimiento de la intencionalidad. El perdón juega aquí un papel reconstructor de la acción que nos permite analizar con sentido proyectivo el marco de las acciones, el escenario social y la valoración de los agentes, en función de la razón intrínseca que conlleva esta dinámica. De esta manera el perdón se ofrece como un argumento que advierte la diferencia y funda la variabilidad de lo humano como un valor. La acción implica aquí una reacción, un volver sobre las acciones a través de la reflexión, entendida como una nueva acción. Esta trama de actos y palabras, de observaciones del 'yo' en sus acciones y observaciones del «otro» en su mundanidad, consolidan un proyecto general considerado por Arendt como *condición humana*. La palabra misma que se pone en acción a través del discurso, puede decirse que proyecta el escenario para crear nuevas acciones que derivan la historia humana hacia eventos como el perdón y la nueva forma consensual y libre de los actos humanos.

48

El perdón es entonces un nuevo acto, una recuperación de la noción de acción que ha sido fundado por el discurso y la observación de la acción. Las acciones subsecuentes contarán con una estructura fortalecida por un pensar que ha decidido nuevas acciones. Lo hecho no habrá quedado como lo arrojado en la realidad sin valoración ninguna, sin respeto ni devenir alguno. Los posibles rumbos dentro de la esfera y los ámbitos de lo humano describen un tipo de comprensión que identifica los elementos y su poder de cara a las acciones previas y posteriores de los sujetos. El lugar de aparición del perdón no está condicionado por tanto por los credos o por las recomendaciones coyunturales, sino por el hombre mismo que reconoce el valor de la confianza necesaria entre su espacio y la forma de sus acciones.

Tenemos que aclarar que la direccionalidad que reciben las acciones recibe del lenguaje una validación propia de las acciones mismas. Nadie habla de sus acciones como eventos ajenos, lo que viene a significar que lo humano afirma un rumbo que podemos considerar en relación con las acciones. Se ratifica de esta manera que en tanto que ser de la acción, el hombre piensa sus actos y toma distancia de lo que se ha denominado un actuar por actuar. Hay en el actuar un tipo de dispositivo en el que el hombre ejerce sus potencialidades, no como avanzada de destrucción y destitución de la realidad del otro, sino como acercamiento a un sentido valorado por el aprendizaje de lo genuino humano: crear a partir de su correlación con la esfera de los otros hombres. Puede identificarse aquí un tipo de determinación de lo humano al cual se ha llegado no como determinación irremediable de la condición humana, sino como la afirmación que alcanza el hombre de su actuar en virtud del tipo de concertación alcanzada con la idea social de acción y de mundo.

Aludimos a la fragilidad de los asuntos humanos advirtiendo cómo en la pluralidad hay una posibilidad que se pone en evidencia: nadie puede ser el otro, ni como acto de suplantación, ni como acto de dominación. Cuando se pierde lo humano representado en el otro, en sus acciones y discursos, en su modo de estar en el mundo, se pierde de paso la pluralidad necesaria para entender el mundo. La participación en asuntos comunes configura la aparición en el juego de representaciones de lo humano; por ello al pensar el perdón se facilita un tipo de acción en términos del espacio de representación, espacio que viene a significar que acción y discurso sugieren la organización de la realidad del mundo en compenetración con los otros.

En esta instancia que hemos denominado de «representación de lo humano», puede advertirse un concepto de gobierno al cual la acción no escapa, planteando por el contrario un dispositivo de relaciones donde el hacer está vinculado con el papel del individuo frente a los modelos de gobierno de sí mismo y de la vida social. En tanto que las acciones configuran espacios diferentes en los que de manera evidente se cataliza el carácter de lo nuevo, ofrecer productos nuevos abre a la acción un tipo de proceso natural del devenir entre individuos. El inicio de diversos procesos facilitará la representación de cada acción como vinculada a un sentido pleno de lo humano. Esta consideración deshace los controles e imposiciones de procesos ajenos a la reflexión acerca de la acción. En otras palabras, un regenerar de la acción anuncia que ésta no desaparece; por el contrario, decir acción es decir construcción de la historia, y dentro de la historia misma la reestructuración es una elección abierta y conveniente.

Producto de la esfera humana son entonces las acciones que hacen y deshacen, que permiten trazar una historia de afirmaciones y valoraciones sociales. Teniendo presente que la acción no es propia del olvido, se asumen sus consecuencias como formalizaciones de un devenir cierto, un canalizador en el que el perdón, nuestro concepto en cuestión, se ofrece como canal de reconstitución de la fragilidad de los asuntos humanos. El devenir reclama a la acción su continuidad. «Los hombres siempre han sabido que esto es imposible – Argumenta Arendt». Tienen plena conciencia de que quien actúa nunca sabe del todo lo que hace, que siempre se hace «culpable» de las consecuencias que jamás intentó o pronosticó, que por muy desastrosas o inesperadas que sean las consecuencias de su acto no puede deshacerlo»³.

³ *Ibid.*, p. 253.

El perdón como alternativa es el garante del ejercicio de evaluación de la compleja situación humana, advirtiendo en cada caso diversas condiciones que nos dan la posibilidad de pensar el rehacer lo establecido en virtud de la contigüidad de los hechos. Advertimos, para finalizar, que recursos como el perdón implican la consideración de un posible amor que en términos de aceptación permiten reconocer en el otro a otro continuo que no delimita su actuar en sus actos sin reflexión, sino en el devenir propio del perdón recibido. Un prototipo histórico de todo lo dicho, es identificado por Arendt en Jesús de Nazareth, quien establece en el amor hacia el otro la previsión del perdón, restituyendo lo que deba restituirse, ofreciendo el quien como nueva comprensión del otro. La acción del ejecutante es una acción humana que permite ser leída en términos humanos como un tipo de situación que puede resolverse desde el amor. Hay en este caso una valoración de la unicidad humana, de la acción humana orientada hacia un fin universal que se equilibra en el perdón y en su recurso, el amor.